

JAVIER VARELA



EL ÚLTIMO CONQUISTADOR:

BLASCO IBÁÑEZ

(1867-1928)

JAVIER VARELA

EL ÚLTIMO CONQUISTA-
DOR: BLASCO IBÁÑEZ
(1867-1928)

Índice

Introducción

1. Juventud rebelde

- I. La extraña revolución
- II. Desde el Bajo Aragón a Valencia
- III. La generación de la Santa Isabel
- IV. Doña María
- V. Republicano fino
- VI. El día de San Daniel en Valencia

2. El alambique literario y el taller federal

- I. Maestros españoles
- II. Un español en París
- III. La política como vocación
- IV. La araña negra
- V. «¡Comparad!»
- VI. La papeleta y el fusil

3. El año inolvidable

- I. Sagasta en la hoguera
- II. Elecciones hechas y elecciones escritas
- III. La tarea de Sísifo
- IV. A las urnas, ciudadanos
- V. ¡Que vayan todos!
- VI. Aparece el doctor Moliner
- VII. *La débacle*

4. La nueva Covadonga republicana

- I. Una organización y un caudillo

5. Amigos y enemigos

- I. Doña Emilia en Valencia
 - II. La obra más pía de Valencia
 - III. Un señorito republicano
 - IV. De una campaña a otra
6. El amo de valencia
- I. El tiempo de «electra»
 - II. La cuadrilla de Canalejas
 - III. El intruso
 - IV. El catolicismo al revés
 - V. Algunos homenajes
 - VI. Un ejército popular disciplinado y entusiasta
 - VII. Los nuevos republicanos
 - VIII. Zola como Mesías
 - IX. *Une maison d'artiste*
7. Juegos peligrosos
- I. Un tenientillo sin vergüenza
 - II. Ideas sobre el honor
 - III. España heroica
 - IV. Lances sin honor
 - V. En el terreno de los caballeros
8. Balas y votos
- I. Asalto nocturno
 - II. Revolucionarios de entretiempos
 - III. Salmerón en el torbellino
 - IV. Todos contra Blasco
 - V. Un pleito personal y político
 - VI. El cántaro y la fuente
9. Un artista enamorado de la revolución
- I. La literatura y el pueblo
 - II. «Tiros y otros excesos»
 - III. «La rendición del sultán»

10. La república de las letras
 - I. Visiones del artista
 - II. La mujer del cuadro
 - III. Novelista y hombre de negocios

11. El último conquistador
 - I. Soldado de tormentas
 - II. El argonauta
 - III. «Sangre de hispania fecunda»
 - IV. El hombre orquesta
 - V. La huella de España
 - VI. *Auri sacra fames*

12. La tierra de todos
 - I. La conquista del desierto
 - II. Nueva Valencia
 - III. Entre España y América
 - IV. El *cherubichá* de corrientes
 - V. *Le roi du riz*

13. La gran guerra
 - I. El tango en París
 - II. *La france éternelle*
 - III. El escritor en guerra
 - IV. Aliadófilos y germanófilos
 - V. Propaganda de guerra
 - VI. El anticristo

14. El triunfo
 - I. Antes de Babel
 - II. *Mr. Ibanez and the four horsemen*
 - III. El águila y la serpiente
 - IV. La conquista de la fortuna
 - V. La semana blasquista
 - VI. No siempre es conveniente el éxito

VII. El rey midas en la costa azul

15. El novelista y el rey

- I. ¿Conocen ustedes a Carlos Esplá?
- II. La vuelta al mundo de un novelista
- III. La campaña contra Alfonso XIII
- IV. Un *best seller* internacional
- V. La contraofensiva real
- VI. El día de los isidros

16. Las muertes de Blasco Ibáñez

- I. Primera
- II. Segunda
- III. Tercera

Créditos

*Para Inés y María José
Para Mónica Varela, in memoriam.*

INTRODUCCIÓN

Todo indicaba, a la altura de los años treinta del siglo pasado, que Blasco Ibáñez iba a ser profeta en su tierra. Los homenajes que en 1911, 1915 y, sobre todo, en 1921 le rindió su ciudad y, luego, el recibimiento masivo hecho a su cadáver en 1933 así lo certificaban. Valencia era entonces una ciudad blasquista y los correligionarios del novelista habían gobernado el Ayuntamiento durante años. La fortuna literaria de Blasco en Europa y en América estaba hecha para entonces. Novelas como *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* se vendían por millones y otras varias —*Sangre y arena*, *Entre naranjos*, *Mare nostrum*— se habían llevado al cine y seguirían llevándose por directores famosos.

Ciertamente, la figura de Blasco Ibáñez no había concitado en Madrid una admiración unánime, ni desde el punto de vista literario ni desde el punto de vista político. Hubo, naturalmente, una crítica amiga, la de correligionarios como Luis Morote o Roberto Castrovido, que reseñaban con profusión de elogios cada novela suya. Hubo una crítica profesional y sabia, como la de Gómez de Baquero, *Andrenio*, que fue globalmente favorable a la obra literaria del valenciano. La recepción más entusiasta vino de la generación literaria o periodística anterior a Blasco, la de Ortega Munilla o la de Mariano de Cavia. Era una crítica formada en el molde realista o naturalista. Las metáforas que usa esta crítica se refieren a oficios que unen el arte con el vigor físico: «Pedazo de la existencia humana arrancado violentamente de la realidad», «poder plasmante», «estilo que hace pensar más en el buril que en la pluma», y los términos que emplea son, fuerza, energía, robustez, espontaneidad, sinceridad o naturalidad¹. Casi todos se fijaban en la influen-

cia que la manera de novelar de Zola había tenido en Blasco a partir de *Arroz y tartana*; el «último discípulo de Zola», lo llamará Navarro Ledesma; el Zola español, un remoquete que le acompañará desde entonces.

Pero nunca dejaban de aparecer peros: que si la rapidez de la ejecución, que si la incorrección de la forma. A menudo solía decirse que el Blasco político y revolucionario ponía trabas al Blasco artista, que su dedicación a la política le impedía por falta de tiempo el ser más pulcro en la forma, y el interesado acabó por creerlo. Además, ocurre con la literatura de Blasco algo parecido a lo que sucedió con la pintura de Sorolla. El pintor favorito del 98 era Darío de Regoyos, el que pintaba siempre a la luz del amanecer o del crepúsculo, el que decía de la claridad meridiana: «Eso, que lo pinte Sorolla». Éste nunca fue reconocido del todo en España mientras triunfaba en el extranjero; era una pintura colorista, vital, opuesta a la melancolía finisecular. Al meter en el mismo saco la literatura descriptiva y la pintura sensorial, opuestas a las calidades intelectuales que debía tener el arte pretendidamente superior, un crítico de una de las revistas que apadrinó Ortega y Gasset decía esto: «Porque se ve demasiado es por lo que carecen en cierto modo de finura de matiz los lienzos de Sorolla o estos vastos lienzos novelescos de Blasco Ibáñez, *La barraca* y *Cañas y barro*»².

La estética del naturalismo, de la que no se apartó el valenciano, había pasado de moda después de 1914. La generación de Pérez de Ayala y de Ortega y Gasset, le hizo un vacío ostensible. Las *Ideas sobre la novela* de Ortega, publicadas en 1925, tan proustianas, con su horror a las historias de aventuras y personajes, olvidan deliberadamente al novelista español de mayor éxito internacional. Ortega sostenía que la novela se encontraba en sus postrimerías; que los argumentos nuevos se habían agotado y que, por tanto, solamente cabía dar vueltas sobre su armazón exterior. Al cabo, estas ideas pueden unirse a la serie larga de profe-

cías fallidas que el filósofo formuló sin inmutarse a lo largo de su vida.

Pero, aparte de las preferencias estéticas, ¿había otras causas para explicar este desencuentro? Es posible que el exhibicionismo del personaje contribuyera al desvío de los intelectuales madrileños. El valenciano era un escritor anti-bohemio en un mundo intelectual que rara vez abandonó el mediano pasar de las redacciones y las tertulias de café. Además, el éxito popular siempre ha resultado sospechoso a los que piensan que la gran literatura o el gran arte es asunto de minorías selectas. Enriquecerse con la literatura —un sacerdocio ascético antes que una profesión remunerada— era una especie de traición.

Blasco tuvo un momento de popularidad durante la Segunda República, que le concedió honores de precursor. Varias ciudades españolas —desde Madrid y Barcelona a Santa Cruz de Tenerife— rebautizaron plazas, avenidas y calles céntricas con el nombre del literato. Niceto Alcalá Zamora inauguró en abril de 1932 el pantano de Benagéber con el nombre de Blasco Ibáñez. En Madrid, el autor de *La horda* dio nombre a un grupo escolar, inaugurado por Manuel Azaña, presidente del Gobierno. Indalecio Prieto mandó imprimir sellos con la efigie del escritor. El traslado del cuerpo del novelista desde Menton a Valencia, en noviembre de 1933, con presencia de las primeras republicanas, culminó estos homenajes.

Desde 1939, Blasco Ibáñez fue objeto de una hostilidad enconada por parte del franquismo. El hispanista norteamericano A. Grove Day pudo constatar el silencio que rodeaba el nombre del literato y la cautela con la que tenía que manejarse; ni siquiera era prudente mencionar a quienes le habían dado informes o noticias sobre el escritor. Sus libros no se servían en la Universidad de Valencia ni en la Biblioteca Nacional de Madrid³. Las autoridades franquistas suprimieron el nombre de Blasco de las calles que le estaban dedicadas e hicieron destruir las lápidas conmemora-

tivas. Mediados los sesenta, la vivienda del novelista en la Malvarrosa estaba abandonada. Una familia de gitanos ocupaba el jardín. Quedaban los letreros de quienes habían usurpado el edificio: «Frente de Juventudes de Valencia, sección naval. Escuela de flechas navales». Las autoridades de Valencia dejaron también que se arruinara la sede *Art Nouveau* del partido blasquista y que un banco sustituyera a la antigua redacción de *El Pueblo* en la calle don Juan de Austria. Ruina de la memoria que se completaba con la degradación literaria y personal, retorciendo los tópicos antiguos sobre el novelista.

A partir de 1977, el éxito popular de Blasco Ibáñez fue renovado al ser llevadas a la televisión varias de sus novelas. Sus obras, incluso las menos importantes, siguieron editándose. La bibliografía académica aumentó, sobre todo fuera de España. Pero su figura siguió siendo objeto de disputa, los unos para resaltar su españolismo y su conservadurismo social, los otros su carácter republicano y anticlerical, como si fueran facetas incompatibles. Blasco Ibáñez sigue proporcionando tema de conversación para los amantes del tópico de las dos Españas⁴.

El caso es que el valenciano es un excelente escritor, uno de los mejores de su tiempo. Sus novelas, sobre todo las comprendidas entre *Arroz y tartana* y *Sangre y arena*, se pueden leer hoy con interés. Están hechas con brío, son testimonios interesantes de la vida nacional. Blasco Ibáñez es un clásico de las letras españolas. Es, además, un político original, un adelantado de la modernidad. Hoy pocos recuerdan que la política de masas, la que se hace con organizaciones, elecciones, mítines y manifestaciones, se aclimató en Valencia antes que en otras partes de España. El prolongado éxito del blasquismo fue una demostración de que era posible transformar el régimen político de la Restauración, al menos en las ciudades, siempre que existiera una voluntad poderosa y una táctica adecuada. Hoy pocos recuerdan que el blasquismo fue un movimiento de promo-

ción cultural y social insólito en aquellos años. Como remate, habría que decir que rara vez se ha dado en la misma persona una conjunción de facetas tan distintas —político, literato, colonizador, periodista, viajero, guionista y productor cinematográfico—. El autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* fue, después de Cervantes, el único literato español que logró una repercusión mundial.

Trazar la biografía de Blasco Ibáñez ha sido una tarea apasionante. Fue un hombre desmesurado, de características encontradas, épico a veces, grotesco en otras ocasiones; héroe y villano, valiente y fanfarrón, generoso y arribista, escritor de genio y folletinista *kitsch*. Es difícil dar con el tono justo y equilibrado, tratando de encajar versiones contradictorias de una misma persona.

En esta investigación he recibido el auxilio de varias personas, a las que es justo citar aquí. Ángel López García, secretario de la Fundación/Centro de Estudios Blasco Ibáñez (a la que citaré en adelante como FCB), hombre desinteresado y atento, gran conocedor de la biografía del novelista, facilitó mi consulta del importante legado de doña Gloria Llorca Blasco-Ibáñez (cartas, fotografías, libretas de notas y documentos familiares); un material imprescindible para la elaboración de esta biografía. La Fundación Blasco Ibáñez, además, ha tenido la generosidad de autorizar la reproducción de varias fotografías del álbum de recuerdos familiares. El profesor Jorge Enrique Deniri, director del Archivo General de la Provincia de Corrientes, Argentina, me proporcionó facilidades insólitas para la consulta de unos fondos que he aprovechado para reconstruir el episodio argentino en la vida de nuestro personaje. Bernard Custard, con su competencia en materia fotográfica e informática, me ha auxiliado en todo lo referente a las imágenes y mapas. Alonso Puerta, director de la Fundación Indalecio Prieto puso a mi disposición las cartas de Blasco con el político socialista, aparte de obsequiarme con su charla amenísima. Lucrecia Enseñat Benlliure tuvo la amabilidad de enviarme

algunas cartas cruzadas entre Blasco y la familia del escultor existentes en la Fundación Mariano Benlliure; Francisco Trinidad me franqueó las cartas entre Palacio Valdés y Blasco, existentes en el centro de interpretación dedicado a este literato en Entralgo (Asturias). Los empleados y conservadores de la Hemeroteca Municipal de Valencia me facilitaron cuantas copias de documentos solicité, que fueron muchas, soslayando con su amabilidad la evidente penuria de medios. Lo mismo podría decir de los empleados de la Biblioteca Valenciana; una institución a la que debo agradecer también las facilidades para reproducir algunos de sus fondos fotográficos. En 2011 tuve el placer de organizar una gran exposición sobre Blasco Ibáñez en el MuVIM, el Museo Valenciano de la Ilustración y la Modernidad. Rafael Ramírez y Carlos Pérez —extraordinario personaje, ya desaparecido— trataron entonces de trasmitirme algo de su experiencia sobre los museos y las exposiciones; unas lecciones que siento no haber prolongado. En todo caso, trabajar con ellos fue un verdadero privilegio. También quisiera mencionar la tarea concienzuda de Josep Ventosa que, con ojo certero, ha intervenido para convertir un manuscrito casi imposible en un libro. Stefan Zweig decía que una de las claves de su éxito había consistido en la limitación, en haber recortado sin piedad lo previamente escrito. Me temo que no he sido capaz de seguir esta advertencia hasta el final.

¹ José Ortega Munilla: «La barraca», *El Imparcial*, 9 de enero de 1899. Mariano de Cavia: «Cañas y barro», *El Imparcial*, 18 de diciembre de 1902. Zeda: «Cañas y barro», *La Lectura*, I, 1903. Gómez de Baquero: «Cañas y barro», *La España Moderna*, febrero de 1903.

² Bernardo G. de Candamo: «La novela de mi amigo», *Faro*, 18 de octubre de 1908.

³ Citado en Juan Luis Alborg, *Historia de la literatura española*, vol. 5, Gredos, Madrid, 1999, p. 453.

[4](#) Carles Gámez: «Mites, kitsch i tòpics», *El País* (Valencia), 30 de octubre de 2013.

1

JUVENTUD REBELDE

I. LA EXTRAÑA REVOLUCIÓN

El 5 de octubre de 1869, Rafael Primo de Rivera y Sobremonte, capitán general del distrito militar de Valencia, mandó publicar un extraño bando. Empezaba confesando su dolor por tener que enfrentarse a hermanos, pues así llamaba a los que otrora formaron en las filas contrarias al absolutismo: «Me traspasa el alma tener que desenvainar mi espada contra liberales». Seguía haciendo consideraciones políticas sobre la soberanía y las formas de gobierno y terminaba con una advertencia: «Llevada la cuestión al terreno de las armas, no dudéis que el triunfo estará de mi parte». El objetivo de su advertencia eran los republicanos, aquellos que no se habían conformado con el giro que tomaba la revolución. Por ello les intimaba a que, en el plazo de 24 horas, depusieran las armas y se sometieran a las autoridades legítimas. El bando, aunque ambiguo y lleno de buenas intenciones, despertó la inquietud entre los líderes republicanos de la ciudad. Las elecciones municipales les habían entregado el gobierno del Ayuntamiento. Con la milicia nacional, llamada en Valencia Voluntarios de la Libertad, tenían a su disposición una fuerza armada estimable.

El día 6, el capitán general publicó otro bando declarando el estado de guerra. Ello provocó alarmas en varios puntos de la ciudad. Los Voluntarios de la Libertad doblaron la guardia. A las once comenzaron a formarse grupos numerosos en torno al Mercado. Al poco tiempo se escuchó en el extremo de una calle el sordo rumor de una banda de tam-